



MIRANDO AL CIELO

www.stcatharinesstandard.ca

Sin importar quiénes somos, dónde estamos o adónde vayamos, tenemos dos presencias notables en nuestras vidas: el sol y la luna. Qué familiares nos son, pero misteriosas; qué distantes, pero siempre presentes; qué enormes, pero parecen puntos; y qué silenciosas, pero impactantes.

Piénsalo: giramos alrededor del sol cada $365\frac{1}{4}$ días, una gigantesca distancia de 940 millones de km, a una velocidad de 108,000 km/h, ¡sin la menor vibración, sacudida, turbulencia o brisa en nuestras caras! La luna, un cuarto del tamaño de la Tierra, orbita alrededor de nosotros cada 29.53 días, en rotación sincrónica, pasando de luna nueva a luna llena, a una distancia orbital promedio de 384,748 km, y a una velocidad de 3,219 km/h.

Cualquiera que sea nuestra visión del mundo, tales fenómenos nos dejan asombrados. De hecho, pensaríamos que todo esto es fantástico si no fuera por la visibilidad del sol y la luna a simple vista, y las mediciones científicas de la distancia y la velocidad espacial.

MIRANDO HACIA ABAJO

Claramente, la familiaridad con el sol y la luna ha engendrado desprecio, como dice el refrán. No siempre fue así. Las comunidades antiguas daban gran importancia al sol y la luna, a veces demasiada (como veremos), pero hay una contradicción en el hombre moderno.

Por un lado, la revolución industrial del siglo XVIII sentó las bases para el rápido avance tecnológico que ha permitido la observación y exploración del espacio. Por otro lado, la Ilustración del siglo XVIII socavó tanto la autoridad de las Sagradas Escrituras que, fuera de los astrónomos y astronautas (y sus agencias espaciales), muchos, al menos en Occidente, se han vuelto hacia sí mismos. Anteriormente, Dios o los dioses eran el centro del pensamiento humano, y el sol y la luna representaban lo que sabemos, pero no podemos comprender. La Ilustración hizo del hombre el centro

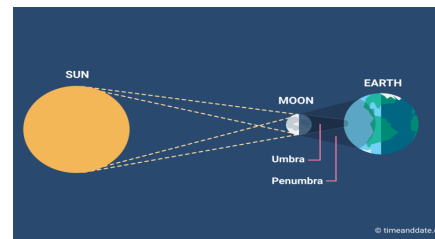
de todas las cosas. Mientras que dos siglos antes la revolución copernicana había descubierto que la Tierra gira alrededor del sol, la revolución filosófica de la Ilustración enseñó que todo gira alrededor de nosotros: lo que pensamos (racionalismo) y sentimos (romanticismo). Preferimos, entonces, mirarnos a nosotros mismos en lugar de maravillarnos con el universo de Dios.

MIRANDO HACIA ARRIBA

Periódicamente, un sentido de maravilla inspirado por Dios vuelve a nosotros. El alunizaje tripulado de 1969 viene a la mente. Incluso entonces, las primeras palabras de Neil Armstrong al aterrizar fueron: “Un pequeño paso para [un] hombre, un gran salto para la humanidad”. Lo mejor que el resto de nosotros en la Tierra podemos hacer es ponernos nuestras gafas de eclipse solar, torcer nuestros cuellos, y reflexionar sobre la física intocable de la luna, un cuarto del tamaño de la Tierra, oscureciendo el sol 400 veces su diámetro.

Hay de dos a cinco eclipses variables al año, visibles desde diferentes ubicaciones en la Tierra. El 8 de abril, “el Gran Eclipse de América del Norte” fue visto a lo largo de una trayectoria que corría al noreste desde México, a través de quince estados estadounidenses, y hasta el este de Canadá. Este primer eclipse solar total visible desde América del Norte desde 1918 capturó la atención del público, generando “la fiebre de perseguir eclipses” y provocando advertencias sobre el tráfico a lo largo de la región activa donde el eclipse fue total.

Sin embargo, ¿qué haría que tantos persigan una visión a 358,850 km de distancia, que dura solo 2 a 4 minutos? ¿No es la consciencia profundamente arraigada de que, aunque hayamos comprado la idea de que el hombre es el centro de todas las cosas, somos solo pequeños observadores de elementos celestiales mucho más grandes y elevados que



movimiento? (www.timeanddate.com)

nosotros? ¿No nos recuerdan los eclipses el profundo misterio y maravilla que solo Dios supera, pues él hizo el sol y la luna, y los puso en

MIRANDO A LOS CIENTÍFICOS

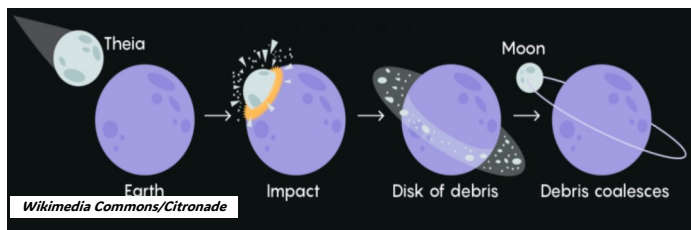
Obviamente, ver a Dios en la coordinación del sol, la luna y la Tierra es ampliamente disputado hoy en día. Sin embargo, el ateísmo siempre ha sido una fe minoritaria, incapaz de reunir una mayoría global, incluso en esta llamada era de la razón. Los eclipses nos ofrecen una oportunidad para reflexionar sobre la ciencia y la creencia en Dios. Aquí tenemos espacio solo para dos premisas:

I. LA CIENCIA NO REQUIERE CIENTIFICISMO

Los cristianos abrazan la ciencia. Siempre lo han hecho, ya que implica el estudio del libro de la naturaleza de Dios. De ahí la lista de cristianos en el salón de la fama de la ciencia: Isaac Newton, Johannes Kepler, Leonard Euler, James Clerk Maxwell, Arthur Compton, Bernhard Riemann, y muchos más (www.famousscientists.org/great-scientists-christians/ y www.denisonforum.org/current-events/science-technology/8-modern-day-christian-scientists-you-need-to-know/).

Sin embargo, los cristianos no abrazan la religión del Cientificismo. Contrario a la verdadera ciencia—humilde, investigativa, abierta (siguiendo la evidencia donde lleva), limitada y consciente de su falibilidad (que algunas teorías no se sostienen)—el Cientificismo es impulsado por agendas, fantasioso y propagandista. Contra los testimonios de la creación de Dios, el Cientificismo cierra toda consideración de sus poderes creativos y providenciales. En su lugar, construye narrativas inverosímiles proponiendo cifras redondas no corroboradas de millones y miles de millones de años, llenas de calificativos como “probablemente”, “posiblemente”, “podría haber sido”. Los científicos inmersos en el Cientificismo esperan que tales narrativas alternativas a la creación se tomen como hechos, y, sin embargo, en contra de la afirmación del Cientificismo de ser puramente racional y materialista, los postulados del Cientificismo requieren más fe que el teísmo.

Consideremos el origen de la luna. La teoría más comúnmente aceptada hoy es la Teoría del Gran Impacto, es decir, que la luna se formó a partir de una colisión entre la Tierra y otro pequeño planeta. Esto es completamente conjetura:



Además de las escasas posibilidades de que esto ocurriera, hay una fecha vaga del suceso: “alrededor de 95 millones de años después de la formación del sistema solar, más o menos 32 millones de años. (El sistema solar tiene aproximadamente 4.6 mil millones de años)”.

Dado que esta teoría más ampliamente aceptada apenas es evidencia, el Cientificismo ofrece otras teorías. Según la Teoría de la Captura, un asteroide errante fue atrapado por la gravedad de la Tierra y arrastrado a nuestro sistema solar. La Teoría de la Fisión afirma que tal era la velocidad de rotación de la Tierra que un pedazo se desprendió (ahora de 3,475 km de ancho) y comenzó a orbitar la Tierra. (Foto: Pixabay.com)



II. EL CIENTIFICISMO NO REQUIERE SUSTANCIACIÓN

Dado que el Cientificismo habla de teorías—explicaciones sustentadas para un suceso—podemos preguntar por qué, dado el sustento, hay múltiples teorías de eventos singulares, en este caso el origen de la luna. ¿Por qué no se puede elegir una y llamarla hecho? Así, el Cientificismo admite inadvertidamente que es menos seguro de lo que a los científicos les gustaría que las masas creyeran. La verdadera ciencia se apega a los hechos (por ejemplo, tamaño de la luna, distancia de la Tierra, etc.), pero el Cientificismo busca asegurar una visión del universo sin Dios ni creación.

Sorprendentemente, el Museo de Historia Natural de Londres ofrece un rayo de esperanza para aquellos abiertos a Dios y que creen que él creó la luna en la misma semana que la Tierra. Entre los orígenes propuestos de la luna, se menciona la Hipótesis de la Acreción. Esto es muy atrevido pero tímido, ya que, aunque permite nuevamente la convicción pre-Ilustración de que la luna fue “creada junto con la Tierra en su formación”, lo categoriza como una hipótesis. Mientras que una teoría supuestamente está sustentada, una hipótesis es solo una sugerencia, aunque una en la que se ignora a Dios.

Dada la magnitud del universo, la creación divina de la luna es la explicación más sencilla para aquellos dispuestos a creer. De hecho, hace unos 3,500 años, Moisés narró que la Tierra y la luna (y el sol y las estrellas) fueron creados en el primer y cuarto días de la creación. Explícito en la narrativa están sus propósitos perdurables: separar el día de la noche, servir como señales y para las estaciones, dar luz sobre la Tierra. Lejos de formarse a partir de un choque de planetas—la Tierra no revela evidencia de haber perdido una parte de su tamaño, ni la luna esférica muestra evidencia de haber sido un fragmento de la Tierra—*“Dios vio”, dice Moisés, “que [la secuencia resultante de día y noche] era Buena”* (Genesis 1:14-19). La armonización orbital incesante de la Tierra (en relación con el sol) y la luna (en relación con la Tierra) indican que durante los eclipses no estamos presenciando un fenómeno extraño producto de una colisión no documentada, sino la intención maravillosa de un Dios misericordioso. El arreglo le trae gloria a él y nos permite vivir. Entonces, nos quedamos en asombro agradecido de Dios.

MIRANDO A LAS ESCRITURAS

Dios, sin embargo, nos habla a través de la naturaleza no solo para que nos maravillemos de su asombroso poder y evidente grandeza, sino para que seamos atraídos hacia él por su amor. Observe en este sentido la relevancia de la luna.

LOS ECLIPSES NOS HACEN DETENERNOS Y PENSAR

Uno de los grandes enemigos de nuestras almas hoy en día es la falta de espacio y tiempo. La vida es increíblemente ocupada, ignoramos el descanso en cada Día del Señor, y llenamos nuestro tiempo libre con distracciones. Hemos eliminado las oportunidades de meditar sobre Dios y sus caminos, y somos más pobres por ello.

No así en el mundo antiguo. Tan ocupado como estaba David, rey de Israel, se tomaba tiempo para reflexionar sobre Dios, aprendiendo de él a través de sus obras de creación. Mirando hacia arriba desde su trabajo, puso sus pensamientos en una canción: *“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo visites?”* (Salmo 8:3-4).

Los eclipses, entonces, nos dan una pausa para mirar hacia arriba desde nosotros mismos y desde la inmediatez de nuestras vidas, hacia la gran extensión sobre nosotros. El crujido de nuestros cuellos no debería ser momentáneo, sino el comienzo de una transformación de vida a largo plazo. Solo, sin embargo, si miramos hacia arriba correctamente.

LOS ECLIPSES DESAFÍAN NUESTRA IDOLATRÍA

Miramos hacia arriba no para hacer dioses de las obras de Dios, sino para discernir a Dios a través de sus obras. Es importante entender la diferencia, ya que, desde la caída del hombre, la idolatría ha capturado nuestros corazones. Así,



Moisés, describiendo la creación a los israelitas después de 430 años de esclavitud en Egipto, los advirtió contra adorar el sol, la luna y las estrellas. Sutilmente hace el punto de que tales elementos no son divinos sino creados, no eternos sino temporales. Para minimizar su importancia, optó por describirlos en lugar de nombrarlos, llamándolos *“la luz mayor para gobernar el día y la luz menor para gobernar la noche”*, añadiendo de manera despectiva que Dios también hizo las estrellas (Genesis 1:16). (Foto: El rey Akenatón y su esposa Nefertiti rezando al dios del sol Atón para que sus rayos caigan sobre ellos [Pinterest.com/Shereen Badr]).

No adoramos los elementos como lo hacían los antiguos. Sin embargo, ¿cuántos durante “El Gran Eclipse de América del Norte” priorizaron la grandeza del hombre en llegar a la luna sobre Dios, quien hizo el universo, lo sostiene en existencia, y ha concedido al hombre la habilidad de llegar a la luna e in-

vestigar el espacio?

LOS ECLIPSES NOS LLAMAN AL ARREPENTIMIENTO

El hombre se ha ensoberbecido, pero Dios usa los eclipses para humillarnos. Nos atraen a mirar fuera de nosotros mismos, reprendiendo implícitamente nuestro egoísmo y autoabsorción. Por unos momentos al menos, se nos recuerda que, como individuos, no somos el centro del universo.

Además, el sol (la luz mayor), la luna (reflejando la luz del sol), y las estrellas que parpadean mientras emiten radiación gamma, contrastan con la oscuridad no solo del cielo nocturno, sino con esa oscuridad influenciada por el pecado que atenúa la luz de nuestras vidas. Por esta razón, el sabio inspirado en el Libro de Eclesiastés anima a sus jóvenes lectores a recordar a su Creador en los días de su juventud *“antes de que se oscurezcan el sol y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia”* (Eclesiastés 12:1-2). Este recuerdo no es solo intelectual, sino uno que moldea la conducta, y es mejor emprenderlo antes de que el favor de nuestro Creador se atenúe por la disfunción y oscuridad de nuestro pecado.

LOS ECLIPSES CONJURAN RECUERDOS DE CRISTO

Toda nuestra vida se nos advierte no mirar directamente al sol, sin embargo, apresuradamente buscamos gafas de eclipse para asegurarnos de ver el evento sin quemar nuestras preciadas retinas.



(www.washingtonpost.com)

Hay un paralelo aquí. Nadie ha visto jamás a Dios (Juan 1:18), sin embargo, él irradia su luz en todas partes. No podemos mirarlo ni acercarnos a él. Sin embargo, a diferencia del sol, Dios anhela presentarse ante nosotros, perdonarnos y relacionarse con nosotros. Para este fin, escribe Juan, *“el único Dios [es decir, el Hijo de Dios], que está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer”*. Ya que no podemos mirar directamente a Dios, debemos mirar a Cristo. Su vestimenta en nuestra humanidad es el eclipse de la Deidad—no para ocultar a Dios de nosotros ni para negar la deidad de Cristo, sino para que, acomodados a nuestra debilidad y limitaciones, podamos ver a Dios sin ser consumidos (Hebreos 12:29). Afirma el axioma teológico: *“En Dios no hay ninguna falta de semejanza con Cristo”*. En cuanto a la divinidad de Cristo, el Hijo de Dios “es el resplandor de la gloria de Dios y la imagen misma de su sustancia, y sostiene todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3); sin embargo, para citar a Juan, *“el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1:14).

En otras palabras, si deseas ver a Dios, debes mirar a Cristo. La creación puede enseñarnos acerca de Dios, pero solo Cristo, el par único de gafas de eclipse de Dios, puede protegernos de la ira de Dios contra nuestro pecado. Entonces, considera a Cristo. Dios te invita a hacerlo. ¡Lee más!

MIRANDO AL SALVADOR

Mirar al espacio nos recuerda el gran abismo que hay entre Dios y nosotros, sísmica y éticamente. Él es justo y santo, pero nosotros quebrantamos su ley y ofendemos su santidad, y lo sabemos. De ahí la pregunta más importante que ha enfrentado el hombre desde el principio de los tiempos. Curiosamente, Job lo relaciona con los elementos: *“¿Cómo puede el hombre ser justo ante Dios? ¿Cómo puede el que nace de mujer ser puro? He aquí, ni siquiera la luna es brillante, y las estrellas no son puras a sus ojos, ¿cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo del hombre, que es un gusano?”* (Job 25:4-6). Obviamente, entonces, es mucho más importante que nos preparemos para encontrarnos con Dios que para un eclipse momentáneo.

La conclusión es esta: ¡No nos atrevemos a presentarnos ante Dios tal como somos! Sin embargo, Dios nos ofrece en Cristo lo que necesitamos para hacerlo: una justicia aceptable para él y perdón de nuestros pecados. Cristo obtuvo la primera para nosotros con su vida perfecta, y lo segundo con su sacrificio expiatorio en la cruz.

Mientras colgaba allí, el sol se oscureció durante tres horas. Lucas nos dice que el sol se eclipsó (*eklipontos* [23:44-45]). No se refiere a un eclipse regular, ya que era el tiempo de la luna nueva (Pascua) y la oscuridad duró tres horas. Más bien, alude a un milagro divino, indicando visiblemente el juicio que caía sobre Cristo en lugar del pecador. Significativamente, tan pronto como Lucas menciona el eclipse, nos dice que “el velo del templo se rasgó en dos”. Así aprendemos que Cristo, llevando el infierno para los pecadores, les ha ganado acceso a nuestro Dios santísimo.

La pregunta para nosotros, entonces, no es cómo una persona puede estar en lo correcto con Dios, sino si hemos dejado nuestros pecados y nos hemos vuelto a Dios, y estamos descansando en Cristo para tener acceso a él. ¡No demores! Cristo ha soportado para los pecadores el calor de la ira de Dios, para eclipsar su juicio contra nosotros, para que podamos entrar en su abrazo eterno.



“DIOS MÍO, QUE GRANDE ERES”



ma alabanza”:

Dios ha dado a los cristianos tal motivo para cantar. Hacemos melodía en nuestros corazones y también con nuestras lenguas. Un favorito para muchos, y relevante aquí, es el del sueco Carl Gustav Boberg, “O Store Gud”. Es más conocido como “¡Cuán Grande es Él!” (traductor, Stuart K. Hine), y se basa en el Salmo 48:1 *“Grande es el SEÑOR, y digno de suprema alabanza”*:

Señor mi Dios, al contemplar los cielos,
El firmamento y las estrellas mil,
Al oír tu voz en los potentes truenos,
Y ver brillar el sol en su cenit.

*Mi corazón entona la canción,
¡Cuán grande es él! ¡Cuán grande es él!
Mi corazón entona la canción,
¡Cuán grande es él! ¡Cuán grande es él!*

Al recorrer los montes y los valles
Y ver las bellas flores al pasar,
Al escuchar el canto de las aves
Y el murmurar del claro manantial,
Cuando recuerdo del amor divino,
Que desde el cielo al Salvador envié,
Aquel Jesús que por salvarme vino,
Y en una cruz sufrió por mí y murió.

Cuando el Señor me llame a su presencia,
Al dulce hogar, al cielo de esplendor,
Le adoraré, cantando la grandeza
De su poder y su infinito amor.

Melodía: “Cuan Grande es Él”, Stuart K. Hine (1899–1989).

~~~~~

**PRÓXIMA EDICIÓN: 1 DE SEPTIEMBRE**

